



DÉCIMAQUINTA VISION

Entre tanto Asrafiel, victorioso merced á su cómplice, habia despejado el campo de rivales y subido al trono puesto el pié sobre un cadáver. Para él la voluptuosidad era la recompensa de la sangre vertida, y á fin de dar nuevo pábulo á su lujuria estragada, pasaba sin transicion ni intervalo de las escenas de matanza á los excesos de la vida, dedicando el resto de la noche á la embriaguez y á la lascivia. La sangre y los perfumes se mezclaban en las losas de los inmundos atrios del palacio de los escándalos; los cánticos desaforados, los sonidos de los instrumentos apagaban los últimos estertores de la muerte. Mil mujeres formaban allí guirnaldas obscenas, y danzaban agitando antorchas sobre aquellas escenas repugnantes. Todo era crápula y libertinaje, no pareciendo sino que Asrafiel, ahogando en la carnal materia el resto de razon que pudiera quedarle, y aterrorizado de antemano de la luz que habria de alumbrar tales espectáculos, se apresuraba á vivir ejercitando á la vez todos sus sentidos.

Excitada su imaginacion por tan horribles cuadros, queria añadir nuevos alicientes á su impunidad. Los ojos de Daidha abrasaban su alma; para él no era nada el imperio sin aquella mujer, y todos sus crímenes le parecian infruc-

tuosos si no realizaban su aspiracion más ardiente, entregándola en sus brazos. Reservando exclusivamente para sí aquella celestial recompensa, queria ser un amante para ella, un dios para los demás, y encumbrándola hasta su divina categoria, celebrar con solemne pompa su libertinaje. Esta pompa debia tener efecto en aquel sitio y en aquellos momentos; así fué que trasladada la jóven desde las tinieblas de su tétrica mansion á la deslumbradora claridad de los templos de los dioses, estaba á su presencia de pié y desnuda.

Ofuscada la vista de Daidha por el brillo de las luces, flotaba su alma deslumbrada en tan radiante claridad; sus largas pestañas no podian preservarla de tanto resplandor, ni sus cortados cabellos defender su pudor. La cabeza inclinada y el rubor creciente eran lo único que vestia de vergüenza su desnudez ante tantas miradas; el estupor paralizaba los latidos de su corazon petrificado, el miedo matizaba su piel de lividas tintas, y sus desnudos brazos, aplicándose fuertemente contra los sobacos, se esforzaban por velar su cuerpo, como dos alas, cuyas plumas ha cortado la cruel tijera, se cierran en vano sobre los costados del ave; con una de sus manos cubria el globo de su púdico seno, como una fruta que se hurta, y ciñendo el otro brazo á sus costados como con un cinturón, procuraba ocultar con él sus castos atractivos. Su temblor, su espanto, sus pudorosas gracias, echaban sobre ella sola un velo de respeto entre tantas beldades y tantas esclavas desnudas, y la impúdica mirada retrocedia á su aspecto. Hasta tal punto radiaba de aquel cuerpo la pureza, ese adorno interior, deteniendo toda mirada lúbrica y codiciosa.

Un silencio de éxtasis y de arrobamiento comunicaba á todos los ojos la mirada de un amante. Por la inmensa asamblea circulaba un confuso murmullo, como circula por las selvas la brisa que se levanta, mientras Daidha, abriendo sus castos ojos que contemplaban llenos de horror los silenciosos

muros, y cada vez más ofendida por aquellos repugnantes cuadros, se concentraba más y más en su propio pensamiento cual vaso de amor y de casto deleite en el fondo de aquel mar de abominacion.

El esplendor que radiaba de aquella hermosa y abatida frente hacia circular la sangre por las venas de Asrafiel cual chorros de ardiente lava, y el gigante no se cansaba de devorar con la vista tantos y tantos atractivos. La pérdida de su cabellera no menguaba la belleza de Daidha; ántes al contrario, semejante á una airosa palmera á la que han cortado la copa y cuya misma desnudez contribuye á realzar su airoso porte, erguia más flexible y donoso su mórbido busto; y aquella piel sin sombra, por la cual corria el glacial escalofrío, parecia la de una encendida naranja de la cual se ha desprendido la primera corteza, ostentando así á la mirada una carne brillante que ni áun el mismo niño se atreve á tocar.

—Ven, le dijo Asrafiel, oh perla de la aurora que las ondas han conducido hasta mí para abrirte á la vida, ven á brillar en mi frente en la que lucen ya tan refulgentes destellos, y serás el primer esplendor de este cielo! ¡Estrella de la noche, que brillabas ignorada detrás de las selvas ó de las nubes, ven á ofuscar el resplandor de los astros de la mañana! ¡De tus ojos brota la felicidad en amorosos rayos! ¡En tus labios de nardo respira un cielo entero! ¡Sólo por conquistarte he conquistado el imperio! ¡Ven á coronar mi corazon con tus castas perfecciones, pagando mi grandeza con dichas sin tasa!

Y así diciendo su mano áspera y robusta la enlazaba con la posible suavidad por la cintura, y apoyándola en sus fuertes rodillas, la atraia hácia su corazon; mas Daidha retrocedió de un salto lanzando un grito de horror. Asrafiel sonrió y fijando en ella su mirada de sátiro añadió:

—¡Cierva de curioso mirar que huyes de aquello mismo

que te atrae, niña hechicera, vuelve, vuelve á mí! ¿No ves que tu pié ligero arrastra aun sus ligaduras? ¿De qué te servirían la cólera y la fuga? De volver más pronto á mi poder. Pero ¿por qué huyes? Ven; ¿no sabes que todo un dios se recrea contemplando tus atractivos? ¿Que desea conservar para sí su celoso deleite, y de esclava que eres, convertirte en la esposa de su corazón? ¿Encumbrate sobre cuantas mujeres he amado y á tanta altura como ninguna hubiera podido soñar? ¿Hacer que todas ellas sean alfombra de tus plantas, darte por adorno un imperio, y almas para tu recreo? ¡Oh ven, irreflexiva beldad, ven á reclinarte en el corazón de Asrafiel, y á dejar absorto hasta al cielo con las desconocidas venturas que te esperan!...

Calló, y extendiendo los brazos hácia la esquiya jóven, aguardó un instante que se echara en ellos... Mas Daidha, con una voz á cuyas suaves inflexiones prestaron inusitada energía el sonrojo y la indignacion, contestó:

—¡No hay más Dios que Dios, y el cielo de mi alma es el corazón del que me ha dado por esposo! ¡Cedar, mi santo amor; Cedar, mi único dueño! Prefiero un calabozo con él á un trono con vos! Empujadme, pisoteadme con vuestros piés omnipotentes que lavo con mis lágrimas, pero devolvedme á Cedar, á Cedar, mi único amor, y á mis hijuelos cuyos ojos son la luz de los míos! Entónces embalsamaré vuestros piés con caricias eternas; entónces sereis un dios, á lo ménos para mi ternura!...

Un murmullo de horror sofocó las frases salidas de aquella boca, como si hubiera blasfemado del cielo. Asrafiel la rechazó con el pié derribándola sobre el marmóreo pavimento y exclamó:

—¿Con que es él? Pronto, ¡que le den la muerte! ¡Que traigan á su presencia sus miembros torturados! ¡Que oiga!... Pero no, deteneos! Antes que una señal mia me libre de su odiosa vida, tú puedes conservársela, oh Daidha, con una so-

la palabra. Tú le has de descargar el golpe... tú lo matarás! Ven á buscar á tu amante, su vida está en mis brazos!

Al oír Daidha estas palabras, transida de espanto, iba á echarse ya. Pero deteniéndose de pronto y echando atrás con horror su hermoso cuerpo inclinado, gritó:

—¡Nó! ¡nó! ¡Antes que vea profanado su amor es preferible su muerte! ¡Que muera ántes de ver á su esposa envilecida comprando su existencia á costa de su honor! ¡Que muera ántes de ver muertos por tus besos estos labios en que su corazón al ménos puede posarse! ¡Que muera, así lo prefiero!

—Pues bien, replicó aquella fiera; no morirá, no; aplazaré el golpe mortal para que tu vida dependa de él. Esclavos, traed por los piés á sus hijos cual dos viles cabritos atados para degollarlos. Hiriendo en ella las fibras más sensibles de su abyecta naturaleza, hacedla sufrir horribles torturas enseñándola sus miembros ensangrentados; sí, respetad su cuerpo, pero destrozad su corazón, hasta que caiga en los brazos de su vencedor!...

A esta órden, dos feroces esclavos fueron á sacar de su lecho á las infelices criaturas, y las trajeron en brazos, dejándolas en el umbral del salón. No salta con mayor rapidez el gamo al oír de pronto el ladrido del perro, como Daidha, impulsada por su cariño maternal, vuela hácia la puerta al oír los vagidos de sus hijos, y ántes que los verdugos puedan presumir su impetuoso arranque, se precipita desalada sobre ellos, arranca sus hijos de sus garras crueles, los estrecha contra su corazón hasta el punto de sofocarse á sí misma, los suelta, los vuelve á coger, pasa su rostro de uno á otro, inunda su cuerpo de besos más numerosos que lágrimas hay en la tempestad del corazón, los baña con sus ojos, los enjuga con sus labios, y estrechándolos de nuevo hasta hacerlos gritar, contempla un instante á los verdugos con mirada que parece desafiar é implorar á la vez; póstrase en seguida á los piés de Asrafiel; sujetando á sus hijos con una mano contra su an-

gustiado seno, y abrazando con otra las rodillas de aquel mónstruo sin entrañas, procura enternecerle, fulminarle con el rayo del corazon que le vibran sus ojos, y exclama:

—¡Mira ¡oh! mira á tus piés estos inocentes corderillos! ¿Son por ventura más hermosos los hijos de las madres de tus dioses? ¡Oh! toca estas carnes de marfil, que la tigre, si las lamiera, acariciaría en vez de morderlas! Contempla esos ojos en que se reflejan los tuyos; mira ¡oh! mira cómo tocan tus piés con sus manecitas! Cómo esconden su rostro entre tus rodillas como dos aguiluchos se esconden en las nubes. ¡Oh! Tú no eres de piedra; tú te enternecerás, los dejarás vivir, y á mí... á mí puedes matarme!

Viendo en seguida, con ese rápido instinto de toda madre, la diabólica y alegre sonrisa que se dibujaba en los labios de Asrafiel, y comprendiendo al punto que éste habia descubierto el único sitio vulnerable que le presentaba su corazon, levantó á sus hijos con furiosa mano del suelo en que se encorbaba su humillado rostro, y cambiando bruscamente de aspecto y de voz, revolvióse cual cierva perseguida.

—¡No, tú los matarás! Lo leo en tu sonrisa, en esa sonrisa que escarnece al amor y en la cual respira el infierno. ¡Pues ven, tirano, y vosotros verdugos, asesinos, venid tambien! Mis maternales armas son más fuertes que todos vosotros. Probad á arrancar del seno que os desafia estas criaturas que hundo y petrifico en él! Antes rompereis estas pesadas cadenas que el nudo con que van á sofocarlos mis brazos! No los atravesareis, nó, sino atravesándome ántes las entrañas; mi sangre, mezclada con la suya, salpicará esas paredes, y ese mónstruo obtendrá cual digno galardón de sus maldades, tres cadáveres arrojados á sus plantas victoriosas!...

—¡Verdugos! gritó Asrafiel encogiéndose de hombros; abrid esos tiernos brazos de sauce sin lastimarlos; apoderaos de esos frutos ya secos ántes de haber llegado á su madurez, y rompedles el cráneo contra los muros en presencia de su madre!...

Obedeciendo tan inicua orden, acercáronse dos verdugos á Daidha, separaron de un tiron sus dos brazos fuertemente aplicados contra el pecho, y triunfando sin trabajo de sus vanos esfuerzos, desviaron á la madre y se apoderaron de los hijos. Cada uno de aquellos cogió su presa como un carnicero; ambos ataron los piés de los niños con una recia correa, y se acercaron á las columnas más inmediatas, haciéndolos girar sobre sus cabezas cual piedra que se va á disparar con una honda; ya silbaban los aires con el viento empujado por sus cráneos, ya rozaban sus rubios cabellos con las columnas; un paso más, y sus frentes volaban en pedazos! cuando el más hermoso de los gemelos lanzó dos leves gritos; al oír Daidha aquella voz infantil, cuyo acento desgarró su corazon, se sintió poseida de horror que llegaba hasta el paroxismo. ¡Ah! Por fin venció en la contienda su cariño maternal. «¡Arrostraré la muerte por salvar á mis hijuelos!» exclamó, y lanzándose como el aire en la llama, cayó éxamine en brazos de Asrafiel!

El mónstruo, inclinándose sobre su lívido rostro, procuraba reanimarla con sus antipáticas caricias, é iba ya á profanar con su inmundo aliento..... cuando un grito semejante al eco terrible que derrumbó las murallas de Jericó, un grito tan potente como el que hace soltar al leon la oveja que lleva en su boca, y que obliga á la temblorosa águila á abrir las garras en el espacio, paralizó la sangre en las venas de Asrafiel; el cual abrió sus fuertes manos cual si á ello le forzara una mano más vigorosa, dejando caer á Daidha medio muerta!

Cedar, porque era él, asomando la cabeza entre dos robustos pilares desde lo alto de las escaleras, grande como un dios cuya varonil estátua cae de su pedestal sobre la aterrorizada multitud, con los cabellos erizados, el brazo levantado y los ojos desmesuradamente abiertos, se acercó pisando cadáveres al trono del gigante.

Aprovechando el abandono en que los gigantes habian dejado las puertas del palacio, púsose él á la cabeza del pueblo amotinado, y apresurando el paso, llegó seguido de la muchedumbre, hasta las estancias secretas de los dioses. Así como la tempestad se cierne y muge algunos momentos ántes de estallar, Cedar se detuvo un instante detrás de una columna, amparándose de la oscuridad del pórtico para acostumbrar sus ojos á aquellos resplandores que los deslumbraban. Mientras así aplazaba un momento su arremetida con ademán amenazador, pudo ver á sus hijos balanceados como un cesto, y oír el grito desgarrador que lanzó Daidha al caer sin sentido y mancillada en los brazos del mónstruo. El horror, condensado en su pecho, llegó entónces á su colmo; brotó el rayo de su alma, y recorrió todo su cuerpo un estremecimiento frenético, que conmovió hasta las raíces de su corazón. Todo cuanto siente, ama, sobresalta ó aborrece en el hombre habia sufrido en Cedar una tremenda sacudida, á cuya vibración multiplicáronse en él la rabia, la ira, la indignación, el amor y el afán de exterminio. La voz de todo aquel pueblo, confundida con la suya, descendia horrisona de lo alto como un muro que se derrumba; el mismo infierno no habria podido poner á los tiranos al abrigo de tales clamores, en los que se condensaba la venganza del mundo!...

Así como al pasar una tempestad por el firmamento se inclinan todas las frentes, así tambien los gigantes habian ocultado sus cabezas entre las manos, y, semejantes á las espigas dobladas por el huracan, ondulaba su muchedumbre abriendo paso á Cedar, á quien seguia el pueblo en compactos grupos. Del propio modo que cuando se derrumba una torre en medio de un lago, las aguas engrosadas por las piedras desprendidas, rebasan su ordinario nivel con sus oleadas, é invadiendo los arenales de la orilla, llenan de espuma la cresta de la roca que sobrenada, así tambien, cayendo la cólera y la energía de un solo hombre en el seno de aquel mundo de-

gradado en que el abismo de la iniquidad estaba lleno hasta los bordes, habian sacudido de su letargo á un pueblo entero, haciéndole desbordar, hasta llegar á sus tiranos, aquellos muros sagrados que ni siquiera osaba mirar!

Armados de yugos rotos, de rejas y de mazas, penetraban por todas las puertas, arrastrando en sus oleadas, ahogando en su vengativa saña á aquellos dioses que momentos ántes adoraba lleno de espanto. Ninguno de estos se atrevia á hacer frente á tan gran inundación; todos caian ó morian ó buscaban un refugio. Cedar seguia tremolando en la diestra su singular enseña; Asrafiel era el único que osaba mirarle, si bien pálido y receloso; y desconociendo la fuerza que puede haber en un brazo libre, procuraba afianzarse en sus músculos distendidos, y aguardaba erguido con toda su altanera arrogancia, el ataque de Cedar que se acercaba á su encuentro.

Daidha estaba abrazada aun á las rodillas del gigante; Cedar, saltando por encima del cuerpo de su amada, llegó á ponerse delante de aquel, y semejante al carnero furioso que para derribar un tronco inclina oblicuamente sus astas, bajó la cabeza rugiendo como un leon, y le asestó con ella un formidable golpe que le hundió el pecho. Asrafiel se tambaleó al recibir tan tremendo choque y sintió vacilar los huesos de sus férreas costillas; quiso descargar á su vez un golpe, pero faltó la fuerza á su brazo; de sus pulmones estrujados salieron sordos ronquidos: á pesar de lo cual, pudo aferrar la nuca de Cedar entre sus dedos, echarse sobre él abrumándolo con su peso, y hundir su mandíbula en el hombro desnudo del jóven, cual jabali que desgarrá su presa con sus agudos colmillos, ó como el dogo que sacude al tigre con sus dientes para obligarle desprender las garras que ha clavado en él.

Cedar, sin cuidarse de restañar su sangre, deslizó la cabeza bajo el inmenso sobaco de Asrafiel, y oprimiéndole á su vez por sus carnosos costados, le arrancó un terrible y ensangrentado jiron del pecho. No parecia sino que, insensible á la

sangre impura que lo manchaba, quería dejar descubiertas las costillas del mónstruo, para devorarle el corazón; sus dientes, que chocaban con los huesos de Asrafiel sin mellarlos, arrancaban de cada bocado anchas tiras de carne; un arroyo de negra sangre llenaba de espuma sus labios, y cada jirón del cuerpo del gigante humeaba entre sus mandíbulas. Sin dar tregua á su furia los arrojaba al viento, dilataba la herida y la profundizaba más, hasta que descubriendo el corazón al través de la carne desgarrada, le clavó en él los dientes cual león desesperado. Herido entónces el coloso mortalmente cayó con su vencedor al pié de las gradas del altar; sus pupilas giraron en sus órbitas sin vista, y su altiva frente adquirió la glacial palidez de la piedra. Cedar pudo asirle en tal momento de los cabellos; con sus nerviosos puños le levantó á pulso, y le estrelló el impío cráneo contra el mismo altar en el que expió así sus crímenes; en seguida, paseando la vista por la sala para buscar otros enemigos, observó que todos habían muerto, ó huido, ó entregado las armas.

Miéntas él combatía cuerpo á cuerpo con su principal enemigo, el pueblo, alentado por su mismo miedo y cebándose en la matanza, había vengado en un solo día tantos años de sufrimientos y degollado sin combatir la mitad de los dioses: la otra mitad, huyendo del exterminio que la amenazaba, había podido refugiarse por caminos excusados en la ciudadela, torre que tocaba en las nubes, y cuyos muros de roca, erigidos á modo de precipicio, formando una sola masa, y desafiando la viga más robusta de los arietes, recibían el aire y la luz de lo alto y no tenían más que una puerta. En tanto que el pueblo se entretenía saboreando el cruento placer de la victoria, guardando el único acceso á aquella torre de bronce, los dioses, refugiados en aquel antro de piedra y cerrando la puerta, habían hecho rodar hasta ponerlas detrás de ella, tres enormes moles de granito, cuya masa y cuyo peso habrían atemorizado á mil hombres de otros tiempos, y que el

trancurso de treinta siglos no había dislocado en una línea siquiera de la colina á la que estaba soldada su masa. Aquel vil resto de los dioses, resguardado por sus baluartes, dirige hoscas miradas desde la cúspide de sus almenas; el pueblo, cuyo furor se inflama á su aspecto, esteriliza sus esfuerzos impotentes contra aquellos muros, y viendo que no puede asaltarlos á tan descomunal altura, sacia su iracunda saña en los cuerpos mutilados de los muertos, descuartiza aquellos lividos cadáveres, enciende hogueras, y á fin de saciar su hambre voraz, vacía las sangrientas ehtrañas de sus dioses, y celebra hediondos festines con sus humeantes carnes. No tarda en estallar en el palacio un incendio horroroso; el viento sopla engolfado entre corrientes de llamas; el suelo parece ondular bajo oleadas de fuego, y todo se precipita y sepulta en aquel inmenso hornillo. El incendio calcina la piedra, grietea el mármol; la columna se inflama lo mismo que el tronco de un árbol, y se desmoronan los capiteles desde su enorme altura como se desprenden las ramas sobre las yerbas humeantes. Hubiérase creído que un volcán encendido por sí mismo devoraba con el suelo aquellos templos de la blasfemia. Las llamas de las vengadoras hogueras parecían dotadas de vida; las obras maestras de los hombres volaban reducidas á cenizas; y el prolijo trabajo de la impiedad de los siglos, consumido, aniquilado en un momento, se disipaba trasformado en humo.

El ángel de la justicia y de la libertad, flotando en las llamas con sus alas de fuego, devoraba todas aquellas maravillas juntamente con la iniquidad que las había producido, á la manera que un pastor inflama una colmena. A los siniestros reflejos de aquellas piras devoradoras, á los hervores de la lava, á los clamores de los moribundos, corría el pueblo ébrio de júbilo á repeler su presa á las llamas ó á disputársela, á palmoear entre el fuego, á alentar á los vientos, á arrojar á las brasas los esclavos vivos, á saciarse en sus infa-

mes venganzas, á violar en la muerte los cadáveres de las mujeres, y convertidos de corderos degollados en degolladores, á excederse en los crímenes de que eran vengadores!

Cedar, manchado aun de sangre y de humo, levantó á Daidha reanimada á su voz y se llevó lejos del fuego en sus brazos victoriosos á su mujer y á sus hijos, que se estrechaban fuertemente contra su corazón. No pudiendo desprenderse de sus temblorosos brazos, sentóse aparte al pié de un terebinto, cuyas inmensas ramas, encorvadas por el peso de sus hojas, se bañaban en las aguas de un anchuroso estanque. El jóven se sumergió tres veces, sudoroso aun, en las ondas, cual búfalo sediento que lava sus enlodadas crines, y asomando otras tantas á flor de agua, lavó los coágulos de su sangre caliente todavía. La ponzoñosa baba de Asrafiel salió de su mordedura; Daidha humedeció la herida con sus lágrimas, y restaurando el vigor de su esposo en su casto seno, reclinóse con sus dos hijos sobre su corazón.

¡Oh! Cuán rápidos cambios de amor y de recelo, de frases entrecortadas oídas sólo por los ángeles, de relámpagos que destellaban alternativamente de una y otra alma, iluminando con una palabra las dudas de amor, absorbieron sus almas en aquel fugaz instante! Y mientras el incendio con sus largos chorros de llamas difundía á intervalos sobre ellos siniestros reflejos, y el suelo retemblaba al derrumbarse los palacios, su júbilo acumulado era la atmósfera que respiraban el padre amante y vencedor, la esposa y madre y sus hijuelos, y aunque el cielo se hubiera hundido sepultando el mundo, el estruendo de su caída no habria resonado siquiera en sus corazones.

Entre tanto, el pueblo vil, terminando su tarea, seguía encarnizándose aun despues del triunfo. Cedar se sintió por fin movido á compasión, apoyó la cabeza en sus manos y lloró por sí mismo y por el humano linaje.

—¡Oh raza, decia, nacida para la esclavitud! ¿habrás de vengar siempre el crimen con el crimen?

Levantóse pálido de horror al decir esto viendo que la muchedumbre perseguía á otro gigante, el cual vino á caer á los piés del vencedor de su raza, esperando sin duda encontrar misericordia en el mismo que tan ostensibles pruebas habia dado de vigoroso y sobrenatural esfuerzo.

—¡Sálvame de ese pueblo asesino! le gritó.

Cedar le escudó con su cuerpo, y cual promontorio inmóvil, dividió la muchedumbre. La oleada del pueblo retrocedió murmurante, como rugiente tigre que á la voz del hombre deja con disgusto una gota de sangre. Pero Cedar, conteniéndolos con su aspecto indignado, preservó de la muerte á varios de los tiranos perseguidos.

—¿Quién de vosotros es más odioso, el señor ó el esclavo? decia apartando la vista. ¡Oh! Huyamos, amor mio, de esa raza de víboras! Huyamos con nuestros hijos á las selvas de nuestros padres. ¿No quedará ya ningun justo en el seno de las naciones?

Y Daidha le respondió llorando:

—¡Huyamos!

Los gigantes consternados miraban la ciudad desde la cúspide de la torre que les servía de asilo; y al observar la compasión de aquel vencedor generoso, comprendieron dónde estribaba su salvación y conferenciaron entre sí. Cada virtud del justo es un arma para el vicio. Cuando el incendio fué apagándose por falta de alimento, y las nocturnas tinieblas volvieron á enseñorearse del firmamento, uno de ellos se descolgó á lo largo del muro por una cuerda sujeta á las almenas y que el peso de su cuerpo hacía llegar hasta el foso, y con vacilante paso se encaminó en busca de Cedar, que continuaba sentado al pié del árbol, postrándose á sus plantas y fingiendo temor, abrazóse fuertemente á sus piés; sus labios se

agitaban como si quisiera decir algo y le faltara la voz; y su mente atribulada parecía temblar también. Por último, como un culpable tranquilizado por el juez y adaptando la expresión de su semblante á sus palabras sobrado calculadas, exclamó:

—¡Oh divino extranjero, enviado por el cielo para devolver su libertad á la tierra y castigar á Asrafiel! ¡Oh tú, cuya poderosa mano desciende de las alturas para realzar al hombre, cualquiera que sea el nombre oculto con que Jehovah te llame! ¡El hombre que has redimido es indigno de tí! ¡Oh varon justo! Librame de sus iniquidades: ante tus ojos tienes una de sus víctimas, que respira el aire impuro infestado por sus crímenes, que detestando la iniquidad se ve obligado á beberla, y que espía todos los momentos para librarse de ellos. Desde lo alto de esa torre en que esa raza impía, como el águila herida, te espía desde su nido, he visto hace poco á esos hombres ingratos apoderarse de tus enemigos protegidos por tu brazo; he reconocido mi raza en tu virtud sublime, y puesto mi confianza en tu corazón magnánimo; y deslizándome desde lo alto de los baluartes sin que nadie me viera, he venido á ampararme de tu sombra cual de la sombra de Dios. ¡Sálvame, librame de esa raza fementida que mi tribu detesta y repugna á mi alma! Mi nombre no es su nombre, mi Dios no es el suyo; pues, niño aun, me hicieron caer en sus lazos. Yo he nacido, bajo las sagradas palmeras de Mesopotamia, de una raza enemiga de la suya; allí se aborrece como un crimen el nombre de los gigantes; allí reina sólo en el cielo el nombre de Adonai. Allí la leche y la miel brotan de un suelo propicio y el amor es la justicia del corazón de los mortales; allí, todo hombre planta sus tiendas en cualquier sitio, teniendo por hermano al hombre y por padre á Dios! ¡Oh! ¡Déjame huir á esas prósperas riberas, para que reposen mis huesos á las tumbas de mis padres!

Cedar extendió la mano sobre él, y le alzó diciéndole:

—¿Sabrias dar con el camino que conduce á ese país? ¿Podrias servirme de guía á ese paraíso? ¡Habla, oh, habla, hijo de otra raza! Si sabes encontrar á los hijos de Jehovah, mis piés serán tus piés y mis ojos tus ojos.

—Nueve días te bastarán para llegar á esos climas benditos en los que nace la aurora, le contestó Stagyr. Iremos al principio por un profundo valle, llevando el rostro vuelto hácia el águila. En breve cruzaremos las ondas del Eufrates; penetraremos luego en una tierra ingrata, en la que jamás germinaron plantas ni naciones, desiertos maldecidos por Dios en los que un océano de arena, desarrollando á impulso de los vientos sus oleadas infecundas, labra él solo sus surcos. Para no perecer en ese país, el patriarca errante carga en los costados del camello dos odres llenos de agua. A los tres días cumplidos de viaje, empezará á divisarse hácia levante la tierra de las palmeras, y un río nos indicará la comarca que buscamos.

Así dijo Stagyr y Cedar le contestó:

—¡Vamos!

Tomó en brazos á los dos hijos de su alma, y llenó de una consoladora esperanza que disipaba todos sus recelos, apoyó sobre su cuello la mano de Daidha y siguió fuera de los muros á su guía. Al resplandor de las llamas que aun ondulaban sobre montones de cenizas viósele bajar de la ciudad del crimen, maldiciendo con toda su alma la infame nación y sacudiendo de sus piés el abominable polvo de aquellos recintos. Habiendo divisado una camella que vagaba alrededor de los muros amamantando á su hijuelo, Stagyr le echó un lazo al cuello con certera destreza, la atrajo á sí y ahuyentó al pequeño camello. Tuvo además la suerte de encontrar dos odres olvidados junto á las márgenes del pozo, llenos de agua del cielo y atados uno á otro, y ligándolos de modo que no pudiera escaparse el agua encerrada en ellos, los sujetó sobre el lomo de la camella cual líquidos fardos. Daidha se acomodo-